

## LEONARDO STELIO

NOVELA INÉDITA

POR ALBERTO NIN FRIAS Y EMMANUEL MARTÍNEZ

Dianzi, nell'alba che procede  
al giorno, quando l'anima tua  
dentro dorma. Purg. LV. Dante.

## CAPÍTULO V

## LA PRIMERA COMUNIÓN

Los vecinos del pueblito donde nació tienen por santo y patrono a San Jorje de Cappadocia a quien todos los años en el mes de Abril, veneran con cultos especiales. Se acercaba la fiesta del Santo y tres misioneros franciscanos preparaban a los fieles para el día de la solemnidad. Uno de los números más interesantes de este programa religioso, sería la primera comunión de los niños y niñas de la aldea. Cada día durante "La misión" el viejo monje franciscano, preparábanos con sencillas pláticas para hospedar dignamente al Señor de los Cielos.

Francamente que el recuerdo de la primera comunión deja en nuestra alma una huella difícil de borrar cualesquiera sean las circunstancias de nuestra vida y en cualquier edad de ésta que nos encontremos, su recuerdo perdura y en más de una ocasión nos sirve para parangonar el presente con otra época más feliz.

De todas las anécdotas que nos fueron contadas dos me impresionaron indeblemente. Y el porqué es de fácil deducción. El conmovedor episodio de Tharcisius me encantó por ser el acto de un niño y los niños, son mi parte predilecta de la humanidad.

El otro, se relacionaba con el poder de la Eucaristía para operar prodigios por su sola presencia. Durante el segundo Imperio vivía en París, un joven artista lírico de raza judía, cuyo talento musical estaba entonces en todo su apogeo. Cantaba en conciertos y óperas. El renombrado Hermann, pues así se llamaba, fué solicitado para dirigir el coro de la Iglesia de Santa Valeria, durante el mes de María. Al terminar los cánticos, expóniase el Santísimo. El joven cantor, por cuestión de raza y el ambiente disoluto en que pasaba su vida, se disponía a no hincarse cuando la Hostia Sagrada fuera elevada para la adoración de los fieles.

Existía, a no dudarlo en el fondo del alma de Hermann una facultad eguada de amor a Dios. La manifestación más accesible al hombre de la divinidad como algo tangible, vino a despertarla. Mientras el sacerdote elevaba el Santo Sacramento, el incrédulo cantor se sintió presa de un sentimiento a la vez tierno e imperioso. Obedeciendo a la gracia que le tocaba el corazón, cayó de rodillas y a doró al Dios Sacramento.

Momento indefinible el de la gracia que substituye veste divina a las humanas. Bajo su pecho, había un tumulto de sangre que se le agolpaba en la aorta, lloraba, suspiraba en tanto sus ojos ávidos de unirse con el maes-

tro, seguían el símbolo volver al Tabernáculo, a su prisión de amor según el decir de un místico.

Hermann estaba ganando para Dios. Ya no podría mentarse fuera de la ciudad de la paz donde la adhesión al credo y la sumisión de la voluntad, en vista de bienes más altos y perdurables, son los deleites supremos.

La ciudad de Dios le había abierto sus puertas y experimentaba en ella tal paz, tal tranquilización de todo su ser, tal alegría inefable que a penas oía la campana de alguna iglesia anunciar la celebración de la misa, acudía a ella sin tardanza y a menudo oía varias una después de otra.

Después de esta crisis, dejaron de ejercer un imperio sobre él, el teatro y la sociedad mundana que le colmaba de homenajes. No tardó en ser instruido por un clérigo en las verdades reveladas de la Católica.

Algunos años más tarde, todo lo dejó para seguir a Cristo. Algo semejante, por la exterioridad de su vida a aquel joven abogado del Evangelio, movido también por la gracia a seguir la carrera más alta accesible al hombre, al significarle el Maestro: abandonálo todo y sígueme,— se respondió con una sentida negativa, sino afirmando valerosamente su resolución incoercible. Fué bautizado Hermann y luego tomó el hábito de monje en el Monte Carmelo. Las circunstancias de su conversión eran de un orden como para consagrarlo un testimonio viviente de amor al Verbo, bajo las sagradas especies. Llegó a ser un gran predicador. Con expresión ardiente pinta los efectos de la Eucaristía en sus sermones.

"Hablaís de amor", exclama en uno de ellos"; Ah! qué cosa son vuestras alegrías, vuestros gozos, al lado de los delirios incontables de esos éxtasis indecibles que hacen estremeecer todas las fibras del corazón, cuando se cree en Jesucristo y que se desea ser admitido al divino convite en donde el mismo se dá por alimento! ¡Oh! Jesús amor mío, cómo quisiera encender en mis amigos de otrora, el ardor que me inflama! ¡Desearía mostrarles la felicidad que vos me daís! ¡Qué deliciosa paz! ¡Qué beatitud! ¡Qué santa algazara siento!

Ahora que mis ojos han visto, y que mis manos han palpado y que el corazón de mi Dios ha palpitado sobre mi corazón ¡ah! cuanto os compeazzo por seguir ciertos dentro de placeres impotentes para satisfacer el corazón".

Aún joven, mi querido Sordello, puedo tentar muchas cosas en el mundo, pero, créeme, si no hallo en ninguna de ellas, la paz que ansío, seguiré el camino de Hermann. Será abrazar la primera vocación que tuve, y, cuyo recuerdo, siempre retorna con el perfume de las flores amadas hácia mí, en los tristes momentos. ¡Podré esperar acaso me acompañes tú también en la senda de lo infinito, tú que

tiene a ratos, el alma tan santa y divina? Vivamos entre tanto lo mejor posible y lo más cerca de Dios. ¡No te enfades por esta proposición, se la he expuesto a mi madre! La deseo monja si yo regreso al convento. ¡Ya ves cuán cerca estoy de ti en mi corazón!

Amplió el gran día. El sol esplendía como nunca bello. En la torre de la vieja iglesia echaban a vuelo las campanas, llamando a los fieles a presenciar la Comunión de sus hijos. Todos íbamos acompañados de nuestros padres. Yo, al lado de mi madre, ardía en deseos de que llegara la hora de unirme más íntimamente con Dios.

Prostrados todos al pie del altar, oímos con angelical recogimiento la santa misa. Entre tanto el órgano esparcía por el templo raudales de armonía, y un coro formado por los mismos niños, repetía sin cesar el himno:

“¡Dios mío, Dios mío, acércate a mí!”

A medida que se aproximaba el momento de dar la Comunión, este canto avivaba más y más en el alma, el deseo de recibir al Señor.

Antes de comenzar el sacerdote la repartición del Pan Eucarístico, dándose vuelta hacia nosotros, nos dirigió una sencilla y delicada exhortación:

“Hijos míos ha llegado para vosotros el día más feliz de vuestra vida... Sed buenos y sumisos con vuestros padres que ejemplo nos dió Jesús, de obediencia y sumisión.

Cuidad de vuestros hermanos pequeños, a semejanza de la que hacen vuestros padres con vosotros.

Jamás olvidéis en vuestra vida este día dichosísimo y recordad siempre que interrogado Napoleón, por un odo de sus oficiales, sobre cual había sido el día más dichoso de su vida, creyendo por supuesto que sería él de su coronación o de algún triunfo militar glorioso, respondió: fué él de mi primera Comunión.”

A partir de este hecho tan memorable en una alma nítida, se intensificó de nuevo la idea de la vocación.

Sin mayores contratiempos que los expuestos anteriormente, pasaron tranquilos y serenos tres años de nuestra vida. Al cabo de este período, fué imposible ya resistir a la voz de Dios que con tanta fuerza me llamaba a la soledad de un claustro.

Amorosamente me despedí de mi madre un día del mes de Marzo y fuí a Santiago a golpear a las puertas del Convento de N. Recibido con amabilidad por el Prior, vízome ver las asperezas de la vida a que pensaba dedicarme. El estado religioso, hijo mío, me decía, es vida de abnegación y sacrificio. El hombre debe desentenderse de la naturaleza y materia de que está constituido para ofrecerse en alma, sentidos y potencias para Dios. Vea usted que tendrá que abandonar a su madre y a sus hermanos. Le será difícil verlos. En fin, tiene usted que negarse a sí mismo para seguir la cruz de Cristo. Pese usted las razones expuestas; vea también si su constitución física le permite soportar la austeridad de la vida monacal y vuelva usted dentro de algunos días a decirme si está conforme y dispuesto siempre a abrazar el estado religioso.

A penas puse mis pies en la calle comenzó mi alma por vez primera a vacilar.

Jamás el mundo se me había presentado tan hermoso y tentador.

¡Qué bien me sentía caminando por extensas avenidas, libre y ufano, y apreciando en todo su valer la libertad del hombre. Jamás me parecía en mi aturdimiento, haber reparado hasta entonces que las mujeres tenían cierto modo de mirar que atraía y seducía. ¡Cuanto hubiese deseado en aquel momento solazarme al lado de ellas!

¡Pero no había en mi alma una fuerza que contrarrestara todas estas vacilaciones! ¿Sería mas poderoso el ímpetu de la tentación que el divino toque de la vocación?

Debemos ser sinceros: en aquel momento aflitivo de dura prueba, no hacía otra cosa sino pagar tributo a la naturaleza humana.

¡Era libre aún! Había estado en un triz de perder lo más caro al hombre.

Cual Ulises, después de atravesar sano y salvo la horrenda tempestad, besaba la tierra buena en cuyo seno aún había tanto hermoso para mí.

Poder vivir a mi antojo, poder seguir el capricho del momento aunque más no fuere para llorar amargamente después: eso era mi deleite momentáneo.

¡Era libre todavía! Y oen ese pensamiento del que no tardaría en arrepentirme muy pronto, dormí dulcemente en el abrigo muelle del mundo.

(Continuará).